

especial para El Financiero, edición del 22 de sept. 1992.

* Casi un gemido

miguel angel granados chapa.

PARIS. Débilmente pronunciado, casi un gemido, el sí de los franceses al tratado de Maastricht resuelve jurídicamente la cuestión, pero la deja intacta o agravada, si cae, en lo político: la nación está partida en dos, en porciones casi iguales, un turno del más reciente instrumento que conduzca a la integración europea: 50.01 contra 48.98 por ciento.

Más todavía: puede decirse que Francia está dividida en tres, si se tiene en cuenta el gran torzo de la población que se abstuvo de votar o lo hizo en blanco. En el padrón están inscritos poco más de treinta y ocho millones de ciudadanos, de los cuales once millones y medio no se presentaron a votar. Si a ellos agregamos los votos nulos o en blanco, que fueron más de novecientos mil, tenemos una cifra semejante a la de los que dijeron sí. poco más de trece millones (13,147,780) y la de quienes dijeron no: ~~12,625,271~~ o sea 32.59 por ciento entre ausentes y votantes en blanco; 34.38 para el sí; y 33.02 en sentido contrario. → 12,625,271

Aunque miles de residentes en París viajaron a sus lugares de origen para votar, el domingo parecía normal en la capital francesa. Los conflictos de tránsito en algunas vías rápidas eran análogos a los de otros fines de semana, en que los parisienses salen a pasear al campo. Sólo a las ocho de la noche la actividad callejera decreció, pues la televisión se encadenó para dar a conocer las estimaciones derivadas de un sondeo realizado por **SOERES**, la conocida empresa de opinión pública, bajo el patrocinio del diario Le figaro y la RTL. La encuesta, que comprendió otros temas ligados con la indagación del voto, dio una precaria mayoría al sí, de apenas 50.4 por ciento, y sobre esa base los líderes de las dos tendencias expresaron su opinión. Nunca como ahora fue verdad que el éxito tiene muchos padres y el fracaso es huérfano, porque todo el mundo quería atribuirse la victoria. Laurent Fabius, el ex primer ministro que ahora preside la Cámara de Diputados y es dirigente del Partido Socialista, se las arregló para recordar que el referéndum fue una iniciativa del Presidente Mitterrand (que, en efecto, no estaba obligado a convocarlo, pues la Constitución lo hace optativo). Y de esa alusión se prendieron los derrotados del no para increpar al Presidente, que había personalizado el tema al punto de convertirlo en un plebiscito, es decir una consulta sobre su propia popularidad. Su antecesor en el cargo, Valery Giscard D'Estaing, y quien se lo disputó y fue su primer ministro, Jacques Chirac, sin embargo, no

admitieron que Mitterrand hubiera atraído el mayor número de votos, y cada quien pretendió sacar partido para su causa. Aunque radicalmente opuestos, cada uno por su lado, al "abuelo", como la gente llama al Presidente que los gobierna hace ya once años, Giscard ni Chirac quisieron quedarse al margen de la corriente que respondió afirmativamente, aunque su apuesta estuvo a punto de costarles cara. En efecto, fue tan breve la diferencia, que a las 21.50 horas, cuando se llevaban contados unos 25 millones de votos, las tendencias mostraban un empate que sólo se resolvió al final, y puso nerviosos a los que se ufanaban de su triunfo.

La prensa de París concedió el lunes espacio a las reacciones europeas. Es natural, puesto que la decisión francesa concernía tanto al Hexágono como al resto de los Doce. Es probable que el riesgo tomado por el gobierno de Mitterrand haya sido mal admitido por sus colegas de otros países, aunque fueran concientes de que, después de la negativa danesa en junio, resultado de una consulta ciudadana directa, se requería de un gesto político audaz para que el impulso hacia la Unión Económica y Monetaria no se apagara. Si el no hubiera salido avante, no es que se vinieran abajo las estructuras ya construidas en pro de una sola nación en Europa, pero el afán integracionista hubiera recibido un grave frenazo.

Como se había previsto, el no fue expresado con vigor en los ámbitos de la Francia profunda, en el mundo rural y de más fuertes tradiciones. La indignación de los agricultores franceses contra los eurócratas desde sus escritorios de Bruselas que quieren hacer que su actividad desaparezca, se reveló en los votos. En cambio, respondieron afirmativamente los capitalinos. Ni uno solo de los veinte distritos en que está dividido París vio ganar al no. Francia rica y urbana contra Francia rural y obrera.

Aparte la atención que recibió de la prensa, se produjo una abundante literatura sobre las materias del referéndum. Por doce francos era posible conseguir un breve folleto con información práctica sobre el tratado de Maastricht, cuyo complicado contenido se resumió en 35 puntos claves, como cuáles europeos podrían votar en las elecciones municipales francesas, cuando reemplazará el ecu --la moneda que se aspira a poner en circulación en 1999-- al franco; si los extranjeros podrán entrar libremente a Francia, si es dable un ejército común en toda Europa, etcétera. El semanario católico Témoignage Chretienne editó un libro titulado Con los ojos abiertos, para hacer reflexionar sobre el tratado. Otro libro se preguntaba si El diablo es europeo?. Varias obras daban razones para el no. El crecimiento de esta tendencia, avisado a tiempo por las encuestas, hizo temer que ese resultado se impusiera. Quienes malquieren al Presidente

gemido...

3

Mitterrand no vacilan en afirmar que por ese motivo politizó su próstata, es decir, que anticipó el anuncio del cáncer que padece, ~~ya~~ la operación respectiva, para atraer simpatías que le permitieran salir adelante con el sí.

Una nota final, de nostalgia aderezada con sentimiento de inferioridad: Los resultados de la votación, incluidos la mayor parte de los departamentos ultramarinos (salvo, comprensiblemente, Polinesia) estaban disponibles a la medianoche del día de la votación. Ese sistema no se cayó.